

Benito María de Moxó, *Cartas mejicanas* (facsimil de la edición de Génova, Tip. de Luis Pellas, 1839), presentación de Alejandro de Antuñano Maurer, prólogo de Eñías Trabulse, México, Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, 1995, LXXVI-[10]-416 p. (facsimil) e ilustraciones.

La Fundación Miguel Alemán ha hecho significativas aportaciones a la difusión de obras importantes de la historiografía mexicana, lo que constituye un esfuerzo digno de resaltarse. Hace dos años hizo imprimir, en facsimil, la *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867* (Madrid, 1867) del español Pedro Pruneda, una voluminosa relación de la Intervención Francesa en México en sus principales aspectos políticos, diplomáticos y militares. En 1995 ha tocado el turno a las *Cartas mejicanas* del catalán Benito María de Moxó, un impreso que salió por primera vez a la luz en 1837 en Génova, donde dos años después fue reeditado. Aunque nun-

¹ Moncada, *El ingeniero Miguel Constanzó. Un militar en la Nueva España del siglo XVIII*, prólogo de Horacio Capel, México, UNAM, Instituto de Geografía, 1994, 347 p., ils, mapas.

² Vid. Moncada, "Ciencia en acción: ingeniería y ordenación del territorio en Nueva España en el siglo XVIII", en *Revista de Historia Militar*, año XXXVI, núm. 72, Madrid, 1er. semestre 1992, p. 11-47. (Servicio Histórico Militar y Museo del Ejército)..

ca olvidada del todo, esta obra de Moxó ha padecido un cierto relegamiento por parte de los especialistas en historia de las ideas en México, situación que se explica tanto por el hecho de que el autor no fue mexicano como por la orientación hispanista del mismo escrito.

Benito María Moxó nació en 1763 en Cervera, población situada en la provincia de Lérida (Cataluña), e ingresó pronto a la orden de los benedictinos. Vivió en Italia, donde tuvo ocasión de viajar y de familiarizarse con el estudio de las antigüedades y de las ciencias, y luego pasó en 1792 a ocupar un puesto como profesor en la universidad de Cervera. Hacia 1802 fue propuesto para ocupar el cargo de obispo auxiliar de Michoacán, es decir como colaborador del famoso obispo San Miguel. Ya que éste murió por esas fechas, dicha situación vino a alterar la carrera eclesiástica de Moxó. Este último recibió en 1804 el nombramiento de obispo de Charcas (Perú), adonde se trasladó, desde la Nueva España, el año siguiente. Envuelto en el torbellino político desatado por el movimiento de la insurrección patriótica sudamericana, Moxó sufrió el desafecto de los insurgentes y fue aprehendido por éstos poco antes de morir, en abril de 1816. La obra que nos concierne, basada en sus breves vivencias novohispanas y en sus indagaciones librescas, fue redactada a comienzos de 1806.

Las *Cartas mejicanas* contienen una exaltación tanto de las antiguas civilizaciones mexicanas como de la empresa evangelizadora y catequizadora de los españoles en la época colonial. Se trata, en suma, de un escrito orientado a resaltar el florecimiento intelectual y moral de que había sido teatro el territorio novohispano al paso de los siglos. Moxó formula la apología de un proceso de civilización tridentaria en el Nuevo Mundo, resultado tanto del esfuerzo evangelizador e integrador de los españoles como de la buena disposición física y moral de los propios americanos. Las 20 cartas y las 5 disertaciones añadidas que componen el escrito se inscriben en la corriente reivindicadora de las realidades americanas que reaccionó frente a la teoría ilustrada — buffoniana y depauwiana— de una inferioridad de América respecto de Europa en cuanto a sus realidades naturales y morales. Obviamente, estas *Cartas* tienen su lugar en la exuberante reseña de posiciones y contraposiciones críticas en torno a este tema que Antonello Gerbi ofrece en su conocido estudio sobre el tema.¹

Tanto Gerbi como el prologuista de la presente edición de las *Cartas* consideran que Moxó asume una posición original y contradictoria al exaltar las culturas antiguas de América y defender al mismo tiempo la empresa conquistadora y colonizadora de España. Sin embargo, no debemos olvidar que autores como José de Acosta y Francisco Javier Clavigero se habían enfrentado a ese mismo problema y lo habían re-

suelto satisfactoriamente dentro del horizonte de la historia cristiana: la Conquista y la colonización se justificaban como un paso indispensable en la empresa de difundir el Evangelio entre los americanos. En el libro de Moxó no existe ningún pasaje que revele un alejamiento sustancial respecto de esa posición, y de hecho algunas páginas muestran una franca coincidencia con esa justificación tradicional (*Cfr.* Carta III y p. 369-370). La originalidad del catalán hay que buscarla más bien en su temprana problematización del carácter nacional, una realidad muy esgrimida por sus contemporáneos pero sumamente imprecisa en su definición, por lo que ha servido *ad hoc* a los ilustrados europeos para denigrar a España y a los hispanoamericanos en general.

Moxó sostiene que “el carácter nacional de que se habla tanto en nuestros días no es en realidad otra cosa que el conjunto, o más bien el resultado de la extraña reunión y combinación de todas las pasiones, de todos los vicios y de todas las virtudes de los particulares. Es pues evidente que, para calcular con precisión este resultado, se necesita conocer uno por uno los infinitos resortes que contribuyen a dar movimiento a aquella gran máquina y constituyen su verdadera perfección ó imperfección, si se me permite explicarme de esta manera” (p. 20-21). El estudio detallado de las pasiones y de las virtudes sociales que subyacen en el carácter nacional es lo que ha faltado en las aproximaciones críticas de los *philosophes* a la civilización hispánica. Consecuentemente, el catalán analiza dichas pasiones y virtudes sociales al comparar rasgos sociales comunes a los americanos y a los pueblos del Viejo Mundo — la tendencia al suicidio, el gusto por la música— y constata, muy a la manera de Montesquieu, que dichos rasgos responden a causas diferentes. Al mismo tiempo, Moxó propone una teoría general sobre el desarrollo de las virtudes sociales en los pueblos.²

Podemos alegrarnos, pues, de que la Fundación Miguel Alemán se haya decidido a reeditar un escrito tan revelador de los cauces seguidos por la disputa ilustrada en torno al rango histórico y civilizatorio de España hacia la vuelta del siglo. Si bien la presente no es una edición comercial, cabe esperar que varios ejemplares de la misma hayan sido colocados en diversas bibliotecas, donde los interesados en la historia de las ideas en México puedan consultarla. Trabulse ha incorporado a su prólogo una amplia bibliografía que orientará al lector ávido de saber más sobre el autor y su itinerario. Las *Cartas mejicanas* de Moxó constituyen una fuente de investigación histórica virgen desde más de una perspectiva y merecen recibir más atención de la que hasta ahora se les ha prodigado.

MARTÍN PÉREZ Y LA ETNOGRAFÍA DE SINALOA

271

JOSÉ E. COVARRUBIAS V.